

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga.

NOTICIAS DEL PRELADO.

Nuestro dignísimo Obispo debió llegar ayer á Orense y segun su propósito mañana ó pasado saldrá para el arceprestazgo de Tribes y Manzaneda á continuar los trabajos de la Santa Visita. S. S. I. disfruta felizmente de buena salud.

Es, como en años anteriores, extraordinario el concurso de fieles á la novena que se está verificando en la Iglesia de Sta. Marta de esta ciudad á María Santísima, bajo la advocacion del Amor Hermoso. Para proporcionarse lugar, es menester anticipar bastante la hora, y aun entonces las gentes se atropellan. Son seguramente consoladores el espíritu religioso de esta poblacion y el celo y devocion de los hermanos de esta Santa Asociacion. Los señores predicadores dan al novenario todo el grande interés, toda la importancia que debe merecernos el culto y afectuosa devocion á la Virgen. En el

próximo número daremos mas pormenores.

Pasado mañana, de 5 á 6 de la tarde, llegará á esta ciudad, conducida por el clero y por todo el pais. Nuestra Señora de Castrotierra, que va á ser puesta en novena en esta santa Iglesia catedral, en virtud de haber sido votada, segun antiguas é inmemoriales practicas, por los procuradores de la antigua jurisdiccion de esta ciudad, para que por su intercesion el Cielo nos conceda las lluvias de que los campos necesitan. Sin embargo de que en el núm. 31, correspondiente al 14 de Mayo de 1853, hemos dado cuenta de este religioso acontecimiento, que no se ha repetido desde entonces, volveremos á ocuparnos de él.

Ayer á las 8 de la mañana llegó á esta ciudad el dignísimo Sr. Obispo de Zamora que se restituye á su diócesis. Almorzó en el palacio episcopal y continuó su marcha, por Valladolid, en la

diligencia. Dentro de breves dias debe llegar el Rdo. de Avila.

Conferencias

PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS, DURANTE LA ULTIMA CUARESMA, POR EL P. FELIX, JESUITA.

CONFERENCIA I.

La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, son los obstáculos del verdadero progreso.

(Continuacion.)

III.

Pero la concupiscencia no solamente trastorna las inteligencias, sino que trastorna los corazones sobre todo en sentido retrógrado. Al mismo tiempo que oscurece el cielo de las ideas, robando á las miradas de la humanidad los principios eternos al rededor de los cuales se cumple el movimiento del progreso y sobre todo la idea del fin último, introduce en el fondo de los corazones una depravacion que los precipita hácia decadencias aun mucho mas profundas.

Estamos, señores, en el corazon del sugeto y vamos á tocar al punto generador de todos los progresos y de todas las decadencias, dignaos aumentar vuestra atencion.

Progreso en su mocion mas simple y mas profunda es todo lo que aproxima la humanidad á Dios, por que Dios es centro, Dios es fin, y Dios es corona de todo. No es, pues, movimiento progresivo, sino aquel que hace subir al hombre hacia Dios, y hace asimilar mas la vida humana á la vida divina. Si el progreso es otro, yo no puedo comprenderle, y esta gran palabra no seria mas que una bandera de irrision que los pueblos degenerados levantan sobre sus cabezas para descubrir sus degradaciones. Pero haga todo cuanto quiera el error por alterar el verdadero sentido, la nocion del progreso no perecera: permanecerá siempre delante de la razon como delante del evangelio, eso que nosotros hemos llamado *la libre gravitacion de la humanidad hácia Dios.*

El problema radical del progreso está reducido á saber por donde se alejan ó aproximan los hombres á Dios. ¿Qué és lo que hace gravitar al hombre y á la sociedad hácia Dios? ¿Qué es lo que aleja al hombre y á la sociedad de Dios? Ya lo veis, en la cuestion presente es imposible tocar al fondo del sugeto de un modo mas decisivo. Pues bien, Señores: hé aqui nuestra respuesta á esta cuestion que debe decidir con el progreso moral todos los progresos. Lo que hace gravitar al hombre y á la sociedad hácia Dios es el vencimiento de la concupiscencia. Lo que aleja al hombre y á la sociedad de Dios es la concupiscencia triunfante.

Hay en la vida del hombre como hay en los cuerpos, aunque de una manera diferente, lo que se puede llamar un centro de gravitación, y así, hay progreso ó decadencia, según que por este centro vital el hombre tienda á su centro supremo ó se aleje libremente de él. ¿Cuál es este centro y qué nombre le daremos? ¿Cómo llamais vosotros á lo que en vuestra vida contiene todo el movimiento de la vida? *El corazón*; el corazón, doble foco de mi vida moral y de mi vida física, hé aquí un centro de gravitación. Yo sé que hay sabios que combaten la soberanía que los pueblos atribuyen *al corazón* y quieren destruir lo que llaman prestigio y poesía del corazón. No dejemos á la fisiología el derecho de detenernos en el camino; si la palabra es convertible, dejemos la palabra, no hablemos ya de corazón, pero hablemos de la realidad poderosa que queremos indicarnos por esta palabra y digamos. En el centro de la vida humana hay una cosa que con su movimiento da impulso á toda la vida. Esa cosa que los impuros han profanado, pero cuyas profanaciones no pueden impedir á la palabra sagrada pronunciar su nombre, es *el amor*. Sí, el amor, ved ahí el centro de la gravitación humana.

En una parte es la visión que parte de las alas de las inteligencias, esta luz de la vida, en otras es la dirección que parte del dominio de la voluntad, este gobierno de la vida; allí en lo más pro-

fundo y en la más íntimo de nuestro amor, reside el impulso de la vida. La inteligencia mira, la voluntad manda y el amor marcha. El amor aspira, el amor llama, el amor se lanza, el amor se precipita, en una palabra el amor gravita llevando consigo todo lo que gravita al rededor de él. ¿Veis el cuerpo que rueda? Adonde quiera que va, va arrastrado por su peso. ¿Veis mi vida que marcha por donde quiera que yo voy? pues es mi amor el que me lleva. *Quo ungue feror, amore feror*. Voy al Oriente y el amor me impele, vuelvo al Occidente y el amor me trae, voy al mediodía y el amor me grita, vamos á ver las zonas ardientes del Ecuador, voy al norte y el amor me dice, vamos á mirar el cielo mágico de las auroras boreales. Quiero gozar, y el amor me grita, vamos á sumergirnos en el río del placer; quiero sufrir y crucificarme, y el amor es quien me dice subamos al Calvario, vamos á llorar á los pies de Jesucristo. El amor está en todas partes; el amor es siempre mi impulso, mi fuerza y mi movimiento. Yo no me admiro de esto porque este amor que yo llevo en mí, ó más bien, este amor que me lleva á mí, es el peso de mi vida, es decir, es mi misma gravitación en el sentido más estricto y riguroso.

Allí donde va mi amor, allí van mis pensamientos, mis deseos, mis aspiraciones, mis obras, allí van mis alegrías y mis dolores, allí van mis virtudes y mis vicios, allí van

mis progresos y mis decadencias. Cuando este amor es ordenado, todo está en orden. Cuando está desordenado, todo está en desorden. Cuando este amor sube, todo sube y estoy en progreso; cuando este amor descende, todo descende y estoy en la decadencia.

Todo el misterio del progreso estriba, pues, en el fondo de este problema práctico el más importante y decisivo de toda la vida, hacer subir ó hacer descender el amor, lo que equivale á decir, poner el orden ó el desorden en el amor.

El desorden en el amor, es la concupiscencia. La concupiscencia considerada en su esencia puede definirse en estas dos palabras, la perversión del amor, *el amor degenerado*. Ved, pues, en esta sola palabra la filosofía de las pasiones humanas; la teología de la concupiscencia, y bien puedo decirlo la ciencia del progreso. Bajo el golpe terrible de la caída original, el amor, unidad viviente de todas las pasiones, creado para conducir al hombre á su último fin, se ha sublevado contra su fin, es decir contra Dios mismo, y arrancado así de su centro divino, imprime en el hombre y en todas sus potencias un movimiento terrestre y retrógrado. De aquí resulta que el progreso, es decir, el movimiento de abajo arriba, no puede existir en el hombre, sino á condición de una *reacción* libre y valerosa contra esa *gravitación* que lleva lejos del infinito, al amor separado de su cen-

tro verdadero.

La doctrina del progreso cristiano se separa aquí profundamente de la teoría del progreso panteísta: la una pide la expansión libre del amor que está en el hombre, es decir, el reino de la concupiscencia, y por ese libre impulso de la fuerza desordenada y retrógrada alcanza la consumación del desorden y de la decadencia; la otra exige la reacción voluntaria contra el amor desordenado, y por eso lucha contra la fuerza retrógrada de la restauración del orden y la consumación del progreso.

Por consiguiente ya veis que la verdadera fórmula del progreso moral sale por sí misma de las profundidades del cristianismo, y de las profundidades de la humanidad, ilustrando la una á la otra con mutuas claridades. Sabemos ya para nunca olvidarlo donde está el secreto del progreso moral, condición y garantía de todos los demás progresos. Está en el esfuerzo del hombre para vencer la concupiscencia y restablecer su amor al orden, porque el progreso moral según ya hemos dicho es la marcha hácia la virtud; y la virtud, ¿qué es? S. Agustín nos responde con esta definición sublime digna de su corazón y de su génio; la virtud es el orden en el amor, *virtus est ordo amoris*; la virtud es la fuerza; pero la fuerza valerosa y libre que lleva al amor, y con él al hombre hácia su centro divino; haciéndole por lo mismo remontarse, buscando el infinito, hácia las cimas

riosas del verdadero progreso humano.

Ved al hombre ó al pueblo que por una reaccion generosa contra la concupiscencia ha restablecido el orden en su amor. ¡Espectáculo digno de la ambicion de los hombres y de las miradas de Dios! El corazon todo entero se ha vuelto hácia el infinito que busca y á que aspira; las afecciones se elevan desde él como un vapor de incienso que glorifica á Dios y embalsama á los hombres.

El poeta ha dicho: *Dios ha dado al hombre una mirada sublime que se dirige al cielo;* pero ved aquí otra cosa mas digna de notarse el hombre por su valor se ha creado en sí mismo un corazon que aspira á Dios y busca el infinito. El sacrificio, la abnegacion, el heroismo, la pureza, la fraternidad, la caridad se elevan desde él como sus naturales aspiraciones.

En una palabra, todo este amor, que es el fondo y el movimiento, de la vida, sube y todo cuanto hay en el hombre se eleva, arrastrado en su movimiento, y no vuelve á descender á la tierra, sino como descienden las aguas atraidas por el sol para esparcirse en dulce lluvia ó en fecundo rocío.

Ved ahí al hombre que ha vencido la concupiscencia. Suponed que este hombre sea un pueblo, y ya podeis figuraros lo que será una sociedad en la que cada cual encierra un corazon así dirigido hácia Dios y un amor que se eleva hasta Él; una sociedad en que to-

do parece esclamar por la voz de los hombres y por la voz de las cosas. *Sursum corda.....!*

¡Ah! en esa elevacion y trasportes del amor atraido á su centro, la ciencia progresa, las artes progresan, la literatura progresa, progresa hasta la misma materia que parece asociada al movimiento del espíritu. Cuando la concupiscencia está vencida, todos los corazones se elevan, todos los amores suben hasta Dios, y ese *sursum corda* del hombre y de la sociedad, es el hombre y la sociedad que se elevan, es el progreso moral, y por él y con él el verdadero progreso humano. Pero por el contrario, si es la concupiscencia la que ha vencido, y vencido al hombre y vencido á un pueblo ¿qué llegarán á ser ese hombre y ese pueblo?

¿Veis á ese jóven, en quien superabunda con el tesoro del amor la sábia de la vida? ¿qué va á ser de él? ¿por qué camino va á emprender su carrera? ¿es por la via del progreso? ¿es por la via de la decadencia? Quizás. Vacila un momento, Dios le hace una señal y el hombre le llama. La conciencia le solicita y la concupiscencia le ataca: el cielo le atrae y la tierra le retrae: uno le grita, *sube*, otro le grita, *baja*, ¿Qué va á hacer? Para subir necesita valor, para bajar le basta ser cobarde, y lo es. ¿Qué sucede? La concupiscencia ha triunfado, la atraccion terrestre ha vencido á la atraccion celestial, el amor se ha arrastrado. Podría ser un ángel, y ya veis lo que ha llegado á

ser. Como Satanás precipitado desde lo alto de los cielos rueda de caída en caída; huye con la carrera del que desciende, y huye de su centro sublime y divino, y cuanto mas desciende, tanto mas crece en si mismo la gravitacion errónea, que lo arrastra á todos los desórdenes, y por todos los desórdenes, y á todas las degradaciones. Semejante á un hombre que rodando por una pendiente rápida y áspera, rompe rodando todo lo que toca, dejando en la piedra, en las espinas, y en todo cuanto á su paso se rompe alguna cosa de si mismo, mas en el término de su caída, en el fondo en que ha caído, anhelante y herido, hallareis ese amor precipitado, no conservando ni aun pudor para avergonzarse de sus faltas, ni bastante gran leza para contemplar con su mirada la altura de sus caídas.

Ved ahí al hombre cuyo corazón ha sido pervertido por la concupiscencia, es decir, ved ahí al amor en un sentido opuesto á su verdadero destino.

Pues ahora bien, poned un pueblo en lugar de un hombre: suponed que en una sociedad todos los amores arrancados a la vez de su centro comun, entran juntos en ese movimiento retrógrado, que atrae á lo bajo á los hombres, y á las cosas. ¿Qué costumbres van á surgir de esa perversion universal? y del fondo de esas costumbres, ¿qué degradaciones, qué voluptuosidades, qué codicias van á encontrarse y fortalecerse mutuamente,

para apresurar las decadencias, y aun para consumir la ruina de esos pueblos corrompidos?

Orgullosa tendencia á dominar, capaz de trastornar todos los gobiernos, codicias insaciables, capaces de despojar todos los reinos, voluptuosidad y sensualismo para gozar, capaces de dar muerte á las naciones. Entonces es cuando se cumple esta palabra de la Sagrada Escritura. *Se han corrompido y se han hecho abominables en sus pasiones y en sus deseos*, y este es el momento de esclamar con Séneca. *Las costumbres están perdidas, la iniquidad triunfa, la virtud desaparece y los asuntos humanos se precipitan en la decadencia.*

IV.

Si los asuntos humanos se precipitan en la decadencia ¿y por qué? Porque con el pensamiento y el amor se engaña tambien la accion humana social y separada de sus vias va en un sentido opuesto á la marcha progresiva.

En medio de la perturbacion que hierre á las inteligencias, y de la corrupcion que hierre á los corazones, se hace sentir y se revela por todas partes la necesidad de un cambio, y en tanto que se saluda con embriaguez el advenimiento del progreso, se hallan en la marcha de las naciones puntos formidables de detencion, ya que no retrógradaciones que presagian su ruina.

Entonces abanzan los sistemas,

los filósofos sueñan utopías ino-
minadas, de todas partes acuden
los reformadores, desplegando to-
dos á la vez la bandera de la refor-
ma y la bandera del progreso. Ca-
da uno conoce en efecto que para
romper el punto de detención del
progreso y para detener las retro-
gradaciones palpables, hay algo que
reformular, y no se engañan en es-
to, porque el progreso no es en
verdad mas que una reforma le-
gítima. Progresar, es para el hom-
bre reformarse mas y mas, es re-
hacerse á semejanza de su propio
ideal, así se conquista de dia en
dia, ó de siglo en siglo, alguna co-
sa de su primitiva grandeza y de su
belleza original, es en una palabra,
añadir mas y mas en él, por
medio de esta progresiva reforma,
los efectos de la prevaricación soli-
daria que fué la deformación y la
caída de la humanidad.

Pero ved aquí lo que sucede en
esa hora de perturbación y de cor-
rupción universal. Los hombres es-
tán de acuerdo sobre la necesidad
de una reforma; pero se engañan
en su verdadero objeto; están de
acuerdo sobre la urgencia de im-
pedir la retrogradación, ó de rom-
per el dique de detención del pro-
greso; pero se equivocan sobre la
causa de esa retrogradación, y so-
bre la naturaleza del dique que los
contiene.

Así se ven aparecer tentativas
de reforma que todas vienen á con-
currir en este error común; á sa-
ber: reformar las superficies en vez
de reformar el fondo; reformas sin-

gulares que infaliblemente dan uno
de estos resultados: ó aplicar el re-
medio donde no está el mal, ó au-
mentar el mal por la aplicación
del remedio.

¿Y por qué sucede esto así? ¡Ah!
Señores, la razón es bien sencilla,
y es porque ninguno de esos fa-
mosos reformadores piensa en ata-
car directamente al mal que detie-
ne, ó al mal que precipita; es por-
que en estos dias agitados por los
sistemas de los sabios y por el amor
de los pueblos, nadie piensa en le-
vantar contra la *concupiscencia* la
bandera del valor y de la verdade-
ra reforma. Nadie, Señores, nadie
mas que el hombre del verdadero
cristianismo ha adivinado el enig-
ma del progreso en el fondo de
estos misterios.

La historia nos abre aquí hori-
zontes inmensos; pero yo he pro-
metido aplazar la cuestión históri-
ca, y me contento con mostraros
algunos puntos culminantes. Por
todas partes veis cumplirse esta
gran ley: los puntos de detención
del progreso y las marchas retró-
gradas tienen una misma causa, la
decadencia de las costumbres; y es-
ta decadencia de las costumbres tie-
ne un mismo origen, el desenca-
denamiento de la concupiscencia.

Las reformas que la atacan son
progresivas; las reformas que no la
atacan ó que con ella conspiran,
son retrógradas. Cuando el cristia-
nismo apareció sobre la tierra, un
malestar inmenso reclamaba la re-
forma ó mas bien la reformation
del mundo, Roma, dueña entonces



del universo se sentia gobernada bajo un peso que la hacia inclinarse á la decadencia, y que anunciaba el Bajo Imperio. Para salvar á Roma y al mundo á quien arrastraba en su caída, se necesitaba una reforma. Pero, ¿qué reforma? ¿qué faltaba á Roma? No la faltaban las letras, porque tenian entonces en Roma un brillo que los siglos no han podido alcanzar. No la faltaban las artes, porque la victoria habia hecho de Roma el gran museo del universo. No la faltaban las leyes, porque su legislacion era la obra maestra de la sabiduría humana. No la faltaban las riquezas, porque Roma era rica, rica con las riquezas de las naciones. No la faltaba el desenvolvimiento material, porque Roma construia con su genio atrevido caminos, acueductos, arcos triunfales, palacios que desafian á los siglos y llevan el sello de la magestad. Habia encontrado secretos para gozes, que nuestro siglo aun no ha podido hallar, y daba festines, que á pesar de todo nuestro sibaritismo no podemos imitar.

¿Qué faltaba, pues, á Roma sabia, literata, culta, artística, rica, poderosa y anegada en placeres? una sola cosa; la faltaban, *virtudes*. Nunca la concupiscencia, la verdadera prostituta del Apocalipsis habia obtenido un reinado tan prodigioso: nunca el sensualismo, el orgullo y

la avaricia, habian tomado en la humanidad proporciones mas capantosas.

Nada podia curar á esta sociedad enferma; nada podia impedir la ruina de ese mundo que en todas partes tenia encarnado el germen de la muerte, nada mas que una reaccion inesperada, sobrehumana y verdaderamente divina, contra el mal que devoraba á la humanidad.

Tal fué el golpe divino del cristianismo, que levantó sobre el mundo, con el estandarte del Calvario, la verdadera bandera de la reforma.

(Continuará.)

Por Real cédula de 20 de Abril último se ha dignado la Reina (Q. D. G.) modificar el sistema que actualmente rige para la dotacion del culto y clero de la diócesis de Puerto Rico. En el próximo número la insertaremos íntegra, ya que por su estension no nos sea posible en este.

ANUNCIOS.

En la Imprenta de este Bolia se venden papel y sobres de todos colores, clases y de música.

Libros en blanco de todos tamaños, desde 8 a 40 rs.

ASTORGA. = 1858.

Imprenta y encuadernacion de D. Antonio Gullon.